

LA CASA DE HOJAS

de
Zampanò

con introducción y notas de
Johnny Truant

y traducida por
Javier Calvo

Segunda edición



ALPHA DECAY



Pálido Fuego

Título original: *House of Leaves*

© Mark Z. Danielewski, 2000

Todos los derechos reservados,
incluidos los derechos de reproducción
total o parcial en cualquier formato.

© de la traducción: Javier Calvo

© 2013 Ediciones Alpha Decay, S.A.
Gran Vía Carles III, 94 - 08028 Barcelona
www.alphadecay.org

© 2013 Editorial Pálido Fuego, S.L.
Charlot, 13 - 29016 Málaga
www.palidofuego.com

Primera edición: octubre de 2013

Maquetación: Robert Juan-Cantavella

Edición y revisión de la traducción: Ana S. Pareja y José Luis Amores
Revisión de la maqueta: René López Villamar
Corrección de primeras pruebas: Roser Ruiz
Redacción del texto en Braille: Cecilia Cocciarini

Ilustración de cubierta: Juan Amores

Impresión: Imprenta Kadmos

BIC: FA
ISBN: 978-84-92837-46-5
Depósito Legal:

www.markzdanielewski.com

Esta novela es una obra de ficción. Cualquier referencia a personas reales, eventos, establecimientos, organizaciones o escenarios únicamente pretende darle a esa ficción un aire de realidad y autenticidad. El resto de nombres, personajes y episodios son o bien producto de la imaginación del autor o bien se usan de forma ficcionada, igual que aquellos acontecimientos y episodios ficticios que involucran a personas reales y que no han tenido lugar o bien están ambientados en el futuro.

(N. de los Ed.)

Nota sobre la presente edición

A todo color	A dos colores	Blanco y negro	Incompleta
<ul style="list-style-type: none">• La palabra casa en azul; minotauro y todos los pasajes tachados en rojo.• La única línea tachada del capítulo XXII aparece en violeta.• XXXXXXX y láminas a color.	<ul style="list-style-type: none">• O bien casa aparece en azul o los pasajes tachados y la palabra minotauro aparecen en rojo.• No hay Braille.• Láminas a color o en blanco y negro.	<ul style="list-style-type: none">• No se usa color ni para la palabra casa ni para minotauro ni los pasajes tachados.• No hay Braille.• Láminas en blanco y negro.	<ul style="list-style-type: none">• No hay color.• No hay Braille.• Pueden faltar elementos de las muestras, los apéndices o el índice.

Contenido

Prefacio	vii
Introducción	xi
<i>El expediente Navidson</i>	1
Muestras Uno a Seis	529
Apéndice: Zampanò	537
A – Esquemas y títulos de capítulos	538
B – Apuntes	541
C – ... y Fragmentos	548
D – Carta al editor	553
E – El Cantar de Quesada y Molino	555
F – Poemas	557
Apéndice II: Johnny Truant	567
A – Bocetos y polaroids	568
B – Los poemas de Pelicano	573
C – Collages	581
D – Necrológica	584
E – Las Cartas de la Institución Three Attic Whalestoe	586
F – Citas diversas	645
Apéndice III: Evidencia en contra	657
Índice	663
Créditos	707
Yggdrasil	709

PREFACIO

La primera edición de *La casa de hojas* se distribuyó de forma privada y no incluía el capítulo XXI, el apéndice II, el apéndice III ni el índice. Se ha hecho todo lo posible para obtener traducciones adecuadas y acreditar con precisión todas las fuentes. Si hemos fracasado en esta empresa, nos disculpamos por adelantado y estaremos encantados de corregir en posteriores impresiones todos los errores u omisiones que nos sean notificados.

Los Editores

Esto no es para ti.

Introducción

Todavía tengo pesadillas. De hecho, las tengo tan a menudo que ya debería haberme acostumbrado. Pero no. La verdad es que nadie se acostumbra a las pesadillas.

Durante una temporada probé todas las pastillas imaginables. Cualquier cosa con tal de refrenar el miedo. Excedrin PM, melatonina, L-Triptófano, Valium, Vicodin y bastantes miembros de la familia del barbital. Una lista bastante extensa, frecuentemente mezclada —y a menudo ahogada— con tragos cortos de bourbon, unas cuantas caladas a la pipa de agua de esas que te escuecen en los pulmones y a veces incluso el efímero subidón de confianza de la cocaína. Nada me sirvió. Creo que puedo dar por sentado sin miedo a equivocarme que todavía no existe ningún laboratorio lo bastante sofisticado como para sintetizar la clase de fármacos que yo necesito. Premio Nobel para el que invente a esa criatura.

Estoy agotado. Ya no me acuerdo de cuánto tiempo lleva persiguiéndome el sueño. Supongo que es inevitable. Pero por triste que sea, la perspectiva no me apetece nada. Digo que es “triste” porque hubo un tiempo en que sí me gustaba dormir. De hecho, dormía a todas horas. Pero eso fue antes de que mi amigo Lude me despertara una noche a las tres de la madrugada y me pidiera que fuera a verlo. Quién sabe, si yo no hubiera oído el teléfono esa noche, ¿no sería todo distinto ahora? Muchas veces me lo planteo.

En realidad, Lude ya me había hablado del viejo más o menos un mes antes de la noche funesta. (¿Es así? ¿Fue realmente funesta? ¿No sería más bien fatídica? ¿O acaso sí lo fue?) Yo había estado liado buscando apartamento como resultado de un pequeño encontronazo con cierto casero que una mañana se había despertado convencido de ser Charles de Gaulle. Su afirmación me dejó tan pasmado que antes de poder contenerme ya le había dicho que en mi humilde opinión no se parecía en nada a un aeropuerto, aunque la idea de que le aterrizara encima un 757 no me resultaba desagradable en absoluto. No tardé en ser desalojado. Podría haber presentado batalla, pero a fin de cuentas aquello era una casa de locos y me alegré de marcharme. Resultó que una semana más tarde Charles de Gaulle quemó el edificio hasta los cimientos. Y le contó a la policía que le había caído encima un 757.

Durante las semanas siguientes, que pasé durmiendo en los sofás de una serie de amigos entre Santa Mónica y Silverlake mientras buscaba apartamento, Lude me habló de un viejo que vivía en su edificio. El viejo en cuestión tenía

un apartamento en la planta baja que daba a un jardín grande invadido de maleza. Supuestamente, el viejo le había dicho a Lude que se iba a morir pronto. No le presté demasiada atención, aunque tampoco era exactamente la clase de comentario que se olvida sin más. Por entonces simplemente supuse que Lude me había tomado el pelo. A él le gusta exagerar. Al final encontré un estudio en Hollywood y volví a asentarme en mi rutina embrutecedora de aprendiz en un Salón de Tatuajes.

Corría el final de 1996. Las noches eran frías. Yo estaba intentando olvidar a una mujer llamada Clara English, que me había dicho que prefería salir con alguien que estuviera en lo alto de la cadena trófica. Visto lo visto, demostré mi devoción inquebrantable a su recuerdo enamorándome locamente de una stripper que llevaba el conejo Tambor tatuado justo debajo del tanga, a un par de dedos de su coño rasurado o, como a ella le gustaba llamarlo, del "lugar más feliz de la Tierra". Baste decir que Lude y yo nos pasamos las últimas horas del año solos, buscando más bares, caras nuevas, conduciendo temerariamente por los cañones, haciendo lo que pudimos para, a base de decir un montón de chorradas, quitarle su importancia al cielo de la madrugada. No lo conseguimos. Quitarle importancia, me refiero.

Y entonces se murió el viejo.

Por lo que tengo entendido ahora, era estadounidense. Sin embargo, tal como descubrí más tarde, quienes trabajaban con él solían notarle algo de acento, aunque nadie pudo distinguir con seguridad de dónde.

Se hacía llamar Zampanò. Era el nombre que constaba en su contrato de alquiler y en otros muchos fragmentos que encontré. Jamás di con ninguna clase de identificación, pasaporte, permiso de conducir o ningún otro documento oficial que sugiriera que, efectivamente, era una persona real de la que existía constancia.

Quién sabe de dónde venía realmente su nombre. Tal vez fuera auténtico, tal vez inventado, tal vez prestado, tal vez un nom de plume o —la expresión que a mí más me gusta— un nom de guerre.

Según Lude, Zampanò llevaba muchos años viviendo en el edificio, y aunque por lo general se mostraba bastante reservado, no había mañana ni tarde en que no saliera a pasear por el jardín, un lugar selvático donde las malas hierbas llegaban hasta la rodilla y que en aquella época estaba poblado por más de ochenta gatos callejeros. Al parecer, a los gatos les caía muy bien el viejo, y aunque él no les ofrecía incentivo alguno, ellos no paraban de frotarse contra sus piernas antes de salir disparados de vuelta a lo más profundo de aquel lugar polvoriento.

Pero en fin, Lude se había pasado toda la noche con una mujer a la que había conocido en su peluquería. Eran más de las siete cuando por fin llegó al jardín dando tumbos y, pese a la tremenda resaca, enseguida se dio cuenta de que faltaba algo. Lude llegaba a menudo a casa a aquellas horas tempranas y siempre se encontraba al viejo rodeando el

perímetro de las malas hierbas y descansando ocasionalmente en un banco azotado por el sol antes de darse otra vuelta. Una madre soltera que se levantaba todas las mañanas a las seis también se fijó en la ausencia de Zampañò. Ella se fue a trabajar y Lude se acostó, pero cuando empezó a anochecer y su viejo vecino siguió sin aparecer, tanto Lude como la madre soltera fueron a avisar a Flaze, el conserje de la finca, que vivía en el mismo edificio.

Flaze es de ascendencia hispana y samoana. Se podría decir que es un poco gigante. Metro noventa y cinco, ciento diez kilos y prácticamente nada de grasa. Si se acerca al edificio algún gamberro, algún yonqui, lo que sea, Flaze se les echa encima como un pitbull criado en un fumadero de crack. Y no penséis que confía ciegamente en el tamaño y la fuerza. Si los intrusos van armados, él les enseña su colección de armas y no se corta en desenfundar, en plan Billy el Niño. En cuanto Lude le transmitió sus sospechas sobre el viejo, sin embargo, allí no hubo ni rastro del pitbull ni de Billy el Niño. De pronto Flaze no encontraba las llaves. Empezó a balbucear que iba a llamar al dueño del edificio. Al cabo de veinte minutos, Lude estaba tan harto de oírlo farfullar que se ofreció a encargarse él mismo del asunto. Flaze encontró las llaves de inmediato y con una sonrisa enorme se las puso a Lude en la mano.

Más tarde Flaze me contó que nunca había visto un cadáver y que estaba claro que allí se iban a encontrar a un fiambre, y que él no tenía estómago para aquellas cosas. "Sabíamos lo que íbamos a encontrar —me dijo—. Sabíamos que el tipo iba a estar muerto."

La policía encontró a Zampañò tal como lo había encontrado Lude, tumbado boca abajo en el suelo. Los paramédicos dijeron que no había nada raro, que era lo más normal del mundo, el típico octogenario que cae redondo, el sistema se colapsa, las luces se apagan y ahí lo tienes, otro cuerpo en el suelo rodeado de cosas que ya no tienen valor para nadie salvo para el pobre que ya no se las puede llevar con él. Pese a todo, era mejor que la prostituta que habían visto ese mismo día. La habían descuartizado en una habitación de hotel y habían usado los pedazos para pintar de rojo las paredes y el techo. Comparado con aquello, lo del viejo resultaba casi agradable.

El levantamiento del cuerpo duró un buen rato. La policía estuvo yendo y viniendo mientras los paramédicos se ocupaban del cadáver, entre otras cosas para asegurarse de que el viejo estaba muerto de verdad; los vecinos y al final también Flaze asomaron la cabeza por el apartamento para curiosear, asombrarse o simplemente rumiar sobre una escena que posiblemente algún día se parecería a su propio final. Cuando por fin todo hubo terminado, ya era muy tarde. Lude estaba a solas en el apartamento; ya se habían llevado el cadáver, los agentes se habían ido, y hasta Flaze, los vecinos y el resto del surtido de mirones se habían marchado.

No había ni un alma a la vista.

—Ochenta años, el cabrón, y solo en esa pocilga —me dijo más tarde Lude—. Yo no quiero terminar así. Sin mujer, sin hijos, sin nadie en el mundo. Ni un puto

amigo. —Debí de reírme, porque de pronto Lude se volvió hacia mí—. No te creas que ser joven y saltar ríos de lefa te garantiza nada. Mírate: trabajas en un Salón de Tatuajes y te enamoras de una stripper que se llama Tambor. —Y en una cosa estaba claro que tenía razón: Zampanò no tenía familia ni amigos y apenas le quedaba un centavo.

Al día siguiente el casero puso un aviso de abandono y una semana más tarde, tras declarar que todo el contenido del apartamento valía menos de trescientos dólares, llamó a una organización benéfica para que lo vaciara. Aquella fue la noche en que Lude hizo su espantoso descubrimiento, justo antes de que los chavales de la beneficencia o de donde fuera entraran en tromba con sus guantes y sus carretillas.

Cuando sonó el teléfono, yo estaba profundamente dormido. Si hubiera sido cualquier otro, le habría colgado, pero Lude es lo bastante buen amigo como para que saliera a rastras de la cama a las tres de la mañana y me plantara en Franklin Avenue. Él me estaba esperando delante de la verja con un brillo travieso en los ojos.

Tendría que haberme largado en aquel mismo instante. Tendría que haber visto que algo se cocía, o por lo menos notar la atmósfera de trascendencia, en la hora que era, en la mirada de Lude, en todo, y joder, debo de ser retrasado para no haberme fijado en ninguna de aquellas señales. La forma en que las llaves de Lude sonaron como carillones de hueso cuando abrió la verja; el chirrido de los goznes, como si no estuviéramos entrando en un edificio abarrotado sino en una cripta vetusta y cubierta de musgo. O la forma en que nos adentramos sigilosamente por el pasillo frío y húmedo, envueltos en sombras, bajo unas lámparas como lentejuelas de luz que ahora juraría que debían de ser obra de unas arañas grises y primitivas. O lo que probablemente sea lo más importante de todo, la forma en que Lude se puso a hablarme en voz baja, a murmurarme unas cosas que entonces me la trajeron floja pero que ahora, ahora... En fin, mis noches serían mucho más cortas si no tuviera que acordarme de ellas.

¿Alguna vez os habéis recordado a vosotros mismos haciendo algo en el pasado y, da igual cuántas veces lo rememoreís, seguís teniendo ganas de gritar "¡alto!", de cambiar de alguna manera lo que hicisteis para reorganizar el presente? Pues yo ahora me siento así, mirando cómo me dejaba arrastrar como un idiota por la inercia, por la curiosidad o lo que fuera, aunque algo distinto debió de ser, no tengo ni idea de qué; tal vez nada, tal vez nada más que nada; toma combinación absurda de palabras: "nada más que nada", pero me gusta. Al fin y al cabo, da igual lo que fuera. Sea lo que sea que rige el camino de mi pasado, aquella noche fue lo bastante poderoso como para guiarme por entre toda aquella gente que dormía a resguardo de los vivos, a buen recaudo detrás de sus puertas macizas, hasta plantarme al final del pasillo, delante de la última puerta a la izquierda, una puerta normal y corriente, pero que era una puerta al mundo de los muertos.

Lude, por supuesto, no era consciente de lo inquietante que había resultado nuestro pequeño viaje a las entrañas del edificio. Se había dedicado a contarme, con todo lujo de detalles, lo sucedido después de la muerte del viejo.

—Hay un par de cosas, colega —murmuró Lude mientras la verja se abría con suavidad—. Aunque no son muy importantes. —Y que yo sepa, tenía razón. Ambas cosas tienen muy poco que ver con la historia que sigue. Solamente las incluyo porque forman parte de las circunstancias que rodean la muerte de Zampanò. Espero que vosotros podáis entender algo que yo puedo reproducir pero todavía no he descifrado.

»La primera cosa rara —me dijo Lude, llevándome por un tramo corto de escaleras— fueron los gatos. —Al parecer, en los meses anteriores a la muerte del viejo, los gatos habían empezado a desaparecer. Para cuando él murió ya no quedaba ninguno—. Vi a uno con la cabeza arrancada y a otro con las tripas desparramadas por la acera. Pero la mayoría desaparecieron sin más.

»La segunda cosa rara la vas a ver tú mismo —añadió a continuación, bajando todavía más la voz, mientras pasábamos con sigilo junto a la habitación de algo que parecía ser un aquelarre de músicos, todos escuchando con atención por unos auriculares y pasándose un porro de mano en mano.

»Justo al lado del cuerpo —continuó Lude—, he encontrado unas marcas profundas en el suelo de madera, de un palmo y medio cada una. Muy raras. Pero como el viejo no mostraba señales de trauma físico, los polis no lo han tenido en cuenta.

Se detuvo. Habíamos llegado a la puerta. Ahora me estremezco. En aquellos momentos, sospecho que yo estaba en otra parte. Seguramente soñando con Tambor. Esto probablemente os vaya a escandalizar, me da igual, pero una noche hasta alquilé Bambi y me la puso dura. Así de colado estaba por ella. Tambor era un fiipe de mujer, y estaba claro que le daba mil vueltas a Clara English. Tal vez en aquel momento me estaba imaginando el aspecto que tendrían las dos enzarzadas en una pelea de gatas. Una cosa es segura, sin embargo, y es que cuando oí que Lude giraba el picaporte y abría la puerta de Zampanò, me olvidé de aquellas fantasías.

Lo primero en lo que me fijé fue en el olor. No era abiertamente pestilente, pero sí increíblemente fuerte. Y tampoco olía a una sola cosa. Era un olor con muchísimas capas, pátina tras pátina y así sucesivamente, cuyo estrato original hacía mucho tiempo que se había evaporado. En aquellos momentos me abrumó, era muy intenso, era un olor empalagoso, amargo, podrido, hasta repulsivo. Ahora ya casi no me acuerdo de él, solamente de mi reacción. Aun así, si tuviera que ponerle nombre creo que lo denominaría olor a historia humana: una mezcla de sudor, orina, mierda, sangre, carne y semen, además de alegría, penas, celos, cólera, venganza, miedo, amor, esperanza y mucho más. Todo lo cual probablemente resulta bastante ridículo, sobre todo teniendo

en cuenta que las aptitudes de mi nariz no sean del todo relevantes aquí. Lo que sí resulta relevante es que el olor era complejo por una razón.

Todas las ventanas estaban clavadas al marco y selladas con masilla. La puerta de entrada y la del jardín habían sido reforzadas. Hasta las rejillas de ventilación estaban tapadas con cinta aislante. Pese a todo, aquel peculiar esfuerzo por eliminar toda ventilación del diminuto apartamento no estaba rematado con barrotes en las ventanas ni con cerraduras múltiples en las puertas. Zampanò no tenía miedo del mundo exterior. Tal como ya he señalado, salía a pasear al jardín y, supuestamente, era lo bastante temerario como para atreverse a coger el transporte público de Los Ángeles de vez en cuando hasta la playa (una aventura que hasta a mí me da miedo). Lo que supongo ahora es que tenía sellado su apartamento con el objeto de confinar las diversas emanaciones de sus cosas y de sí mismo.

En lo que respecta a sus pertenencias, pues había todo lo típico: mobiliario destartado, velas sin usar, zapatos vetustos (los zapatos se veían especialmente tristes y heridos), cuencos de cerámica, frascos de cristal y cajitas de madera llenas de remaches, gomas elásticas, conchas, cerillas, cáscaras de cacahuete y un sinfín de botones de mil colores y formas rebuscadas. Dentro de una vieja jarra de cerveza no había más que frasquitos vacíos de colonia. Tal como descubrí, la nevera no estaba vacía, pero tampoco había comida en ella. Zampanò la había atiborrado de libros pálidos y extraños.

Por supuesto, de todo aquello ya no queda nada. Ya hace mucho. Ni siquiera el olor. Lo único que me queda son unas cuantas instantáneas mentales: un encendedor Zippo descascarillado con la inscripción Pendiente de Patente en la base; la rosca metálica con pinta de escalera diminuta de caracol que se adentraba en el interior sin bombilla de un aplique de lámpara; y por alguna razón extraña —lo que mejor recuerdo de todo—, un tubo muy antiguo de protector labial, lleno de una resina que parecía ámbar, dura y resquebrajada. Lo cual sigue sin ser del todo exacto; aunque no os engañéis suponiendo que no estoy intentando ser exacto. Admito que recuerdo otras cosas de su apartamento, pero ahora no me parecen relevantes. A mis ojos, todo aquello era pura chatarra; el tiempo no había llevado a cabo ninguna depuración alquímica, lo cual tampoco importaba mucho, porque Lude no me había hecho ir allí para hurgar en todos aquellos detalles desarraigados —para usar una de esas palabras rimbombantes que iba a aprender en los meses siguientes— de la vida de Zampanò.

Y, en efecto, tal como me había descrito mi amigo, en el suelo, de hecho prácticamente en el centro exacto de la sala, estaban las cuatro marcas, todas ellas más largas que una mano, donde la madera había sido rajada de forma irregular por algo que ninguno de nosotros podía imaginar. Pero tampoco era aquello lo que quería enseñarme Lude. Lo que me estaba señalando era otra cosa cuya forma implacable apenas me impresionó la primera vez que la vi.

Para ser sincero, no me fue fácil apartar la vista del suelo rajado. Hasta llegué a tocar las astillas que sobresalían.

¿Qué sabía yo entonces? ¿Y qué sé ahora? Por lo menos una parte del horror que me llevé a las cuatro de aquella madrugada lo tenéis ahora delante, esperándoos, un poco como me estaba esperando a mí aquella noche, aunque sin estas pocas páginas a modo de envoltorio.

Tal como descubrí, la cosa contenía cientos y cientos de páginas. Marañas interminables de palabras, que a veces se retorcían para formar algo coherente y a veces no llevaban a nada, a menudo desmontándose, siempre ramificándose hacia otros textos con los que me encontraría más adelante, garabateados sobre servilletas viejas, en los bordes rotos de un sobre, una vez incluso en el dorso de un sello de correos; cualquier cosa menos dejar un trozo de papel vacío; cada fragmento cubierto por completo por la estela de años y años de pronunciamientos de tinta; superpuestos los unos a los otros, tachados, corregidos; escritos a mano y a máquina: legibles e ilegibles; impenetrables y lúcidos; rasgados, manchados y reparados con cinta adhesiva; algunas partes nuevas y limpias, y otras descoloridas, quemadas o bien dobladas y vueltas a doblar tantas veces que los dobleces habían borrado pasajes enteros de Dios sabía qué... ¿Sentido?, ¿verdad?, ¿engaño? ¿Un legado de profecías o de locura o bien nada parecido? Y que en última instancia designaban, describían, recreaban... encontrad vuestros propios términos; a mí ya se me han acabado los míos; o mejor dicho, me quedan muchos, pero ¿por qué usarlos? Y ¿para decir qué?

A Lude no le hacía falta encontrar la respuesta, pero de alguna forma sabía que yo la encontraría. Tal vez éramos amigos precisamente por eso. Aunque también es posible que me equivoque. Tal vez sí que le hacía falta la respuesta y simplemente sabía que él no iba a poder encontrarla. Tal vez fuera ésa la razón verdadera de que fuéramos amigos. Aunque lo más seguro es que también me equivoque en esto.

Una cosa está clara, y es que hasta sin tocarlo, los dos empezamos lentamente a notar su pesadez, a sentir algo horroroso en sus proporciones, en su silencio, en su quietud, por mucho que pareciera haber sido dejado casi descuidadamente a un lado de la habitación. Ahora creo que si alguien nos hubiera pedido que tuviéramos cuidado, lo habríamos tenido. Sé que hubo un momento en que estuve seguro de que su rotunda negrura era capaz de cualquier cosa, tal vez incluso de dar un zarpazo al suelo y rajarlo, de asesinar a Zampanò, de asesinarnos a nosotros y tal vez hasta a vosotros. Pero luego pasó el momento. El prodigio y la forma en que a veces lo inanimado sugiere lo inimaginable se esfumaron de repente. El objeto se convirtió en un simple objeto.

De manera que me lo llevé a [casa](#).

Por entonces —un entonces ya bastante lejano— podríais haberme encontrado bebiendo chupitos de whisky en La Poubelle, aniquilando mi oído interno en el Bar Deluxe o

bien cenando en el Jones con alguna pelirroja tetona a la que habría conocido en el [House of Blues](#) y manteniendo con ella una conversación que transitaba vertiginosamente de los clubes que conocíamos bien a los clubes que nos gustaría conocer mejor. Todas las señales de las que os acabo de hablar se esfumaron rápidamente en la luz de los días siguientes, o bien fue como si nunca hubieran tenido lugar y solamente existieran de forma retrospectiva.

Al principio fue solamente la curiosidad lo que me llevó de una frase a la siguiente. A menudo pasaban varios días sin que cogiera otro fragmento mutilado, tal vez hasta una semana, y sin embargo siempre volvía, durante diez minutos, tal vez veinte, para examinar las escenas, los nombres, las pequeñas conexiones que empezaban a formarse, las tenues continuidades que se desarrollaban en aquellos resquicios de tiempo libre.

Jamás leía más de una hora seguida.

Por supuesto, la curiosidad mató al gato, y aunque se supone que satisfacerla lo trajo de vuelta, seguía estando el problema del hombre de la radio que no paraba de darme más y más información innecesaria. Pero no me importó. Me limité a apagarla.

Y luego una noche miré el reloj y descubrí que habían pasado siete horas. Lude me había llamado pero yo ni siquiera había oído sonar el teléfono. Me quedé considerablemente sorprendido cuando encontré su mensaje en el contestador. Y ésa no fue la última vez que perdí la noción del tiempo. De hecho, empezó a pasarme a menudo, me desaparecían docenas de horas en un abrir y cerrar de ojos, perdido en el remolino de aquellas frases peligrosas.

Poco a poco pero implacablemente, empecé a sentirme desorientado, a perder cada vez más el contacto con el mundo, algo triste y espantoso se me empezó a formar en las comisuras de la boca y a asomarme a los ojos. Dejé de salir por las noches. Dejé de salir. Nada conseguía distraerme. Sentí que estaba perdiendo el control. Que iba a suceder algo terrible. Y al final sucedió.

Nadie podía sacarme de aquello. Ni Tambor, ni siquiera Lude. Clavé las ventanas a los marcos, tiré la puerta del armario y la del baño, lo reforcé todo, ah, y compré cerraduras, claro, montones de cerraduras, y cadenas y una docena de cintas métricas, y todo lo clavé directamente al suelo y las paredes. Les quedó un aspecto inquietante de crucifijos perdidos de metal o, vistos desde otro ángulo, de frágiles cuadernas de una nave alienígena. Sin embargo, a diferencia del caso de Zampanò, todo aquello no tenía que ver con el olor sino con el espacio. Yo quería un espacio cerrado, inexpugnable y, por encima de todo, inmutable.

Por lo menos las cintas métricas tendrían que haber ayudado a eso.

Pero no.

Nada ayudó.

Acabo de prepararme un té en el hornillo. Tengo el estómago hecho polvo. Apenas consigo no vomitar este

mejunje con leche y miel, pero necesito algo caliente. Ahora estoy en un hotel. Mi estudio ya es historia. Casi todo es historia ya.

Ni siquiera me he lavado la sangre todavía. No toda es mía. Sangre seca apelmazada en los dedos. Restos en la camisa. "¿Qué ha pasado aquí?", me pregunto una y otra vez. "¿Qué he hecho?" Fui derecho a por las armas, las cargué y luego intenté decidir qué hacer con ellas. Lo más obvio era disparar a algo. Al fin y al cabo, las armas están hechas para eso, para disparar a algo. Pero ¿a quién? ¿O a qué? Ni idea. Al otro lado de la ventana de mi hotel había gente y coches. Gente nocturna a la que no conocía. Coches de medianoche que nunca había visto. Podría haberles disparado. Podría haberme liado a tiros contra todo aquello.

En cambio, me dediqué a vomitar en el armario.

Por supuesto, la culpa de haber acabado aquí solamente se la puedo echar a mi inconmensurable estupidez. El viejo dejó montones de pistas y de advertencias. Yo fui tonto por no hacerles caso. ¿O acaso fue al revés? ¿Acaso me regodeé secretamente en ellas? Por lo menos debería haber tenido alguna puta idea de dónde me estaba metiendo cuando leí la siguiente nota, escrita sólo un día antes de su muerte:

5 de enero de 1997

Quien encuentre y publique esta obra tendrá derecho a todos los beneficios que genere. Solamente pido que mi nombre ocupe el lugar que le corresponde. Puede que incluso se enriquezca usted. Sin embargo, si descubre que los lectores no se muestran comprensivos y deciden no darle ni siquiera una oportunidad a esta empresa, entonces le sugiero que beba mucho vino y baile bajo las sábanas de su noche de bodas, porque da igual que lo sepa o no, en verdad habrá prosperado usted. Dicen que la verdad aguanta la prueba del tiempo. No se me ocurre ningún alivio mayor que saber que este documento no pasó esa prueba.

Lo cual por entonces no me dijo nada. Está clarísimo que no me detuve a pensar que unas simples palabras iban a hacerme acabar en una habitación de un hotel de mierda inundada del hedor a mi propio vómito.

Al fin y al cabo, tal como no tardé en descubrir, todo el proyecto de Zampanò gira en torno a una película que ni siquiera existe. Podéis buscarla vosotros, yo la he buscado, pero no importa cuánto os esforcéis: jamás encontraréis El expediente Navidson ni en cines ni en videoclubes. Además, casi todas las declaraciones de famosos que hay en el libro son inventadas. Intenté ponerme en contacto con todos ellos. Los que se tomaron la molestia de responder me dijeron que nunca habían oído hablar de Will Navidson y mucho menos de Zampanò.

En cuanto a los libros que se citan en las notas al pie, una buena parte de ellos son ficticios. Por ejemplo, Shots In The Dark de Gavin Young no existe, como tampoco The Works of Hubert Howe Bancroft, Volume XXVIII. Por otro lado, cualquier idiota puede ir a una biblioteca y encontrar el Ancient Lore in Medieval Latin Glossaries

de W. M. Lindsay y H. J. Thomson. Es cierto que hubo una "revuelta" en la misión Skylab de 1973, pero La belle niçoise et le beau chien es igual de inventada que, doy por sentado, la sangrienta historia de Quesada y Molino.

Añádanse a esto mis propias equivocaciones (y no cabe duda de que soy responsable de muchas) además de los errores que cometió Zampanò y que yo no he conseguido ver o corregir, y veréis por qué de repente esto está lleno de cosas que no hay que tomarse demasiado en serio.

En retrospectiva, también me doy cuenta de que probablemente hay mucha gente que habría estado más cualificada para manejar esta obra, académicos con doctorados de universidades de la Ivy League y mentes más grandes que cualquier Biblioteca de Alejandría o Red Global. El problema fue que esa gente seguía en sus universidades y en sus redes y no estaba ni mucho menos cerca de Whitley Avenue cuando por fin se murió un viejo que no tenía familia ni amigos.

He llegado a comprender que Zampanò era un tipo muy gracioso. Pero el suyo era ese humor sarcástico y seco que despliegan los soldados en voz baja, en el que los chistes tienen lugar bajo la superficie, sin más risas que un tic en la comisura de la boca, y se cuentan mientras todos esperan juntos en sus avanzadas, mientras comprenden que no van a llegar los refuerzos a tiempo y que cuando caiga la noche, da igual lo que hayan hecho o lo que intenten decir, la matanza les va a caer encima. Carroña matinal para los buitres.

¿Veis? Lo irónico es que da igual que el documental que hay en el corazón de este libro sea inventado. Zampanò supo desde el principio que aquí no tiene la menor importancia lo que es real y lo que no. Que las consecuencias son las mismas.

De pronto puedo imaginar la voz cascada que nunca oí. Los labios que apenas se curvan en una sonrisa. La mirada clavada en la oscuridad:

"¿Ironía? La ironía jamás puede ser otra cosa que nuestra Línea Maginot personal; su trazado, en su mayor parte, es puramente arbitrario."

No es de extrañar que a la hora de deslegitimar su propio trabajo, el anciano se mostrara magníficamente competente. Las citas falsas o las fuentes inventadas, sin embargo, palidecen en comparación con la mayor de sus bromas.

Zampanò habla sin cesar de ver cosas. Lo que vemos, cómo vemos y también lo que no podemos ver. Una y otra vez, y de mil maneras, regresa a los temas de la luz, el espacio, la forma, la línea, el color, la nitidez, el tono, el contraste, el movimiento, el ritmo, la perspectiva y la composición. Nada de todo esto resulta sorprendente si tenemos en cuenta que la obra de Zampanò se centra en un documental llamado El expediente Navidson, realizado por un fotoperiodista galardonado con el Pulitzer que ha de apañárselas para conseguir lo más difícil de todo: la imagen de la oscuridad misma.

Raro, como poco.

Al principio me imaginé que Zampanò no era más que un vejestorio siniestro, de esos que hacen que Rasca y Pica parezcan Calvin y Hobbes. Su apartamento, sin embargo, no se parecía a ningún producto de la imaginación de Joel-Peter Witkin ni tampoco a lo que suele aparecer en las noticias. Está claro que tenía un apartamento ecléctico, pero no grotesco, ni siquiera demasiado fuera de lo común; hasta que le echabas un vistazo más atento, claro, y te fijabas en cosas como, eh, ¿por qué hay tantas velas sin usar? ¿Por qué no hay relojes, ni en las paredes ni siquiera en un rincón del vestidor? Y ¿a qué vienen esos libros extraños y pálidos, o el hecho de que apenas haya ni una maldita bombilla en todo el apartamento, ni siquiera dentro de la nevera? Pues bien, ése fue el gesto más irónico de Zampanò: el amor al amor escrito por los que padecen mal de amores; el amor a la vida escrito por los muertos: tanto hablar de la luz, de las películas y de fotografía, y él llevaba sin ver nada desde mediados de los cincuenta.

Era más ciego que un topo.

Casi la mitad de los libros que tenía eran en Braille. Tanto Lude como Flaze confirmaron que a lo largo de los años el viejo había tenido numerosas visitas que iban a leerle. Algunas eran de centros cívicos, del Braille Institute o bien simples voluntarias de la USC, de la UCLA o del Santa Monica College. Yo hablé con algunas, sin embargo, y ninguna pudo decirme que lo conociera bien, aunque bastantes de ellas se mostraron dispuestas a transmitirme sus impresiones.

Una estudiante opinaba que era un enfermo mental. Una actriz, que se había pasado un verano entero leyéndole, pensaba que Zampanò era un romántico. Había llegado una mañana y lo había encontrado "hecho polvo".

—Al principio pensé que estaba borracho, pero el viejo no bebía, ni un sorbo de vino. Tampoco fumaba. La verdad es que llevaba una vida muy austera. Pero vamos, que no estaba borracho, solamente muy deprimido. Se echó a llorar y me pidió que me fuera. Yo le preparé un té. Las lágrimas no me asustan. Más tarde me dijo que era mal de amores. "Mal de amores de los viejos tiempos", me contó. Fuera quien fuese, debió de ser realmente especial. Nunca llegó a decirme cómo se llamaba.

Tal como acabé descubriendo, Zampanò mencionaba siete nombres de vez en cuando: Béatrice, Gabrielle, Anne-Marie, Dominique, Eliane, Isabelle y Claudine. Al parecer solamente las sacaba a colación cuando estaba desconsolado y por la razón que fuera se veía transportado de vuelta a alguna época oscura y embrollada. Por lo menos resultaban más realistas siete amantes que una sola Helena mitológica. Hasta octogenario, Zampanò buscaba la compañía del sexo opuesto. La casualidad no había tenido nada que ver con el hecho de que todas las personas que iban a leerle fueran mujeres. Tal como él admitía abiertamente: "En mi vida no hay mayor placer que esa melodía reconfortante que yace en las palabras de una mujer".

Salvo tal vez sus propias palabras.

Zampanò era esencialmente —para usar otra palabra rimbombante— un grafómano. Escribió hasta su muerte, y aunque estuvo cerca varias veces, jamás terminó nada, y mucho menos el trabajo que él mismo describiría sin ningún pudor como su obra maestra o bien como el amor de su vida. Hasta el mismo día antes de su ausencia del jardín polvoriento, estuvo dictando largos pasajes discursivos, corrigiendo páginas de escritura previa y reestructurando un capítulo entero. Su mente nunca dejaba de ramificarse hacia nuevos territorios. La mujer que lo vio por última vez comentaría que “fuera lo que fuese que no podía resolver en su interior, le impidió descansar a lo largo de toda su vida. Al final la muerte se encargó de eso”.

Con un poco de suerte, desdeñaréis esta labor, reaccionaréis tal como esperó Zampanò, diréis que es innecesariamente complicada, absurdamente obtusa, prolija —la palabra es vuestra— y que el concepto es ridículo, y además os creeréis todo lo que habéis dicho, y luego dejaréis el libro a un lado —aunque incluso aquí, esa expresión, “a un lado”, hace que me estremezca, porque, ¿hay algo que pueda dejarse a un lado?— y seguiréis con vuestras vidas, comiendo, bebiendo, siendo felices y la mayoría de vosotros durmiendo bien.

Aunque también hay bastantes probabilidades de que no sea así.

De una cosa sí estoy seguro: no sucede de inmediato. Terminaréis de leer y os olvidaréis, hasta que llegue un momento, tal vez dentro de un mes, tal vez un año, tal vez incluso varios años. Estaréis enfermos o con problemas o profundamente enamorados o llenos de incertidumbre silenciosa o incluso satisfechos por primera vez en la vida. No importará. Sin previo aviso, sin que podáis localizar la causa, de pronto os daréis cuenta de que las cosas no son ni mucho menos tal como las percibíais. Por alguna razón, ya no seréis la persona que una vez creísteis ser. Detectaréis cambios lentos y sutiles en lo que os rodea, y lo que es más importante, en vosotros mismos. Y para colmo, os daréis cuenta de que todo ha estado siempre cambiando, como una reverberación, una reverberación gigantesca, pero oscura como una habitación a oscuras. Y no entenderéis por qué ni cómo. Os habréis olvidado de qué os transmitió este conocimiento.

Los viejos refugios —la televisión, las revistas, las películas— ya no os protegerán. Podéis probar a escribir un diario, o en una servilleta, o tal vez incluso en los márgenes de este libro. Será entonces cuando descubriréis que ya no confiáis en las paredes mismas que siempre disteis por sentado que estarían ahí. Hasta los pasillos que habéis recorrido cientos de veces os parecerán más largos, mucho más largos, y las sombras, cualquier sombra, os resultará de pronto mucho, mucho más profunda.

Podréis intentar entonces, como hice yo, encontrar un cielo lo bastante lleno de estrellas como para volveros a deslumbrar. Pero ya no habrá cielo que pueda deslumbraros.

Por mucha magia iridiscente que haya ahí arriba, vuestra mirada ya no podrá detenerse en la luz, ya no podrá encontrar las constelaciones. Solamente pensaréis en oscuridad y os pasaréis buscándola horas, días, tal vez incluso años, intentando en vano creer que sois una especie de centinela indispensable nombrado por el Universo, como si con el mero hecho de mirar ya pudierais mantenerlo todo a raya. La cosa se pondrá tan mal que tendréis miedo hasta de apartar la vista, tendréis miedo de dormir.

Luego, da igual dónde estéis, en un restaurante atestado o en una calle vacía o hasta en la comodidad de vuestras **casas**, os sorprenderéis desmantelando hasta la última certeza de vuestras vidas. No podréis hacer nada mientras una complejidad enorme se infiltra, destruyendo pieza a pieza todas vuestras negativas cuidadosamente concebidas, ya sean deliberadas o inconscientes. Y luego, para bien o para mal, os revolveréis, incapaces de resistir, aunque seguiréis intentándolo, luchando con todo lo que tengáis para no afrontar lo que más teméis, lo que es ahora, lo que será, lo que siempre ha venido antes, la criatura que sois en realidad, la criatura que somos todos, enterrada en esa negrura sin nombre que es un nombre.

Y luego empezarán las pesadillas.

Johnny Truant
31 de octubre de 1998
Hollywood, California